

aun opuestas, que el remedio que aprovecha en una, precisamente ha de ofender en otras. Mr. de Woolhouse, famoso Oculista Inglés, pocos años ha demostró trescientas enfermedades distintas que pueden padecer los ojos: lo que no solo prueba que son inútiles esos remedios genéricos, sino que es preciso destinarse algunos hombres á este determinado estudio, pues los Médicos, y Cirujanos comunes no adquieren, ni pueden adquirir, sino un conocimiento muy limitado, y confuso de materia tan vasta, y que pide no solo la ciencia Médica, sino la Optica, de la qual carecen enteramente nuestros Médicos. El sapientísimo P. Dechales en el lib. 1. de Optica, propos. 30. dice que tuvo mucho que reir en una junta de Médicos, que habian sido llamados para tratar de la curacion de cierto afecto de los ojos que padecía un Jesuita de su Colegio. Todos convinieron en que era principio de una catarata, que se formaba en la pupila. El Padre Dechales, por las reglas de la Optica, mostró con evidencia matemática el craso error de los Médicos; y acaso, si no fuera por él, se hubiera procedido á un atentado enorme en la curacion.

§. VIII.

27 **V**olviendo á los Secretos Medicinales, juzgo que estos son como los Duendes, que se dice que en muchas partes los hay, y rara, ó ninguna vez se encuentran. ¿Qué Espagórico Estrangero viene á España, y aun sin ser Espagórico, ni ser nada, sino un simple vagamundo, que no se jacte de poseer tal qual remedio recóndito para algunas enfermedades? ¿Y qué hacen estos sino llevar á filo de antimónio, como á filo de cuchillo, á los enfermos imprudentes que se ponen en sus manos? Donde notaré que algunos de los que venden antídotos, engañan miseramente al vulgo con experiencias falaces. He oído decir que para probar la eficacia de sus drogas, comen, ú dan á comer á algun animal la cabeza de una víbora, ú otra sabandija venenosa: hácenle despues tomar alguna porcion de su droga; y como todos ven que el veneno to-

ma-

mado no hizo efecto, se atribuye la indemnidad á la virtud del antídoto. La verdad es, que no se hubo menester antídoto, porque no hubo veneno. En el segundo tomo, Discurso segundo, núm. 49, advertimos que las sabandijas venenosas muertas, y tomadas por la boca no hacen algun daño.

28 En las observaciones de la Academia Leopoldina se lee, que no ha muchos años andaba un vagamundo por Alemania vendiendo cierta droga con el titulo de agua Vulneraria excelentísima. El medio con que la acreditaba era el siguiente. Taladraba con un clavo, batiéndole á golpe de martillo, la cabeza de un perro, hasta penetrar á la substancia del cerebro. Hecha la herida, la lavaba con su agua Vulneraria, y el perro sanaba dentro de pocos dias. Executoriada de este modo la eficacia del remedio, le vendia á peso de oro. Pero un Médico sagáz, que sospechó la verdad del caso, vino á averiguar el dolo, haciendo la misma herida, y hasta la misma profundidad á tres, ó quatro perros, los quales sanaron perfectamente sin aplicarles la agua Vulneraria, ni otro remedio alguno: de donde se conoció, que la buena encarnadura de esta especie de animales, les tenia lugar de Medicina, y la agua que vendia el Tunante era pura droga.

§. IX.

29 **M**AS qué me detengo yo en comprobar la nulidad de los Secretos que se atribuyen unos ignorantes vagamundos? Creo que con bastante probabilidad podré acusar del mismo engaño á los mas decantados Secretistas. Ningunos mas aplaudidos en esta clase, aun por los mismos Médicos, que aquellos dos grandes enemigos de Galeno, Teofrasto Paracelso, y Juan Bautista Helmoncio. Del primero se cree, porque se halla escrito en su epitafio, que curaba la Gota, la hydropesía, y otras enfermedades reputadas por incurables. Su arrogancia aun pasaba mas allá, pues decia que podia con sus preciosísimos arcanos alargar la vida de un hombre, no solo

lo hasta igualar los años de Matusalém, pero mucho mas. Esto segundo se falsificó en el mismo Paracelso, pues murió á los quarenta y nueve años de edad, de muerte natural; si no es que digamos que no se quiso hacer á sí propio el beneficio que podia hacer á los demás: ó que

Non prosunt Domino, quæ prosunt omnibus artes.

30 Lo primero tampoco está bien justificado. Juan Craton, Médico famoso en la Aula Cesárea, que conoció, y trató á Paracelso, en la epístola á Monavio (que cita Sennerto) dice que siendo llamado Paracelso por el Archicanciller del Imperio para que le curase la gota, le prometió que brevemente le sanaria; lo qual no obstante no executó, ni tarde, ni temprano; antes habiéndole asistido algunas semanas, se halló peor que antes el Archicanciller, y Paracelso se escapó de la Corte, escusándose con el ridículo pretexto de que aquel Prócer no era digno de que él le curase. Este suceso hace creíble, que lo que se decia de las curas de otros gotosos hechas por Paracelso, era un rumor popular, á que él mismo con su jactancia, y sin otro fundamento habia dado principio. El epitafio que se lee en su sepulcro es corto fiador; porque las inscripciones sepulcrales son como los panegyricos funerales, que nadie los contradice por mentirosos que sean, porque nadie envidia la alabanza á un hombre que acaba de morir. Yo creo, que en atencion á que Paracelso fue un gran bebedor, especialmente en los últimos años, y que con sus excesos en el vino, como comunmente se cree, se acortó la vida, se le podria poner con mas verdad el epitafio mismo que á otro de su nacion se puso en la Iglesia de Santo Domingo de la Ciudad de Sena:

Vina dedere neci Germanum, vina sepulchro

Funde, sitim nondum finit atra dies.

31 No por eso negaré que supo Paracelso algunas cosas, que ignoraban todos, ó casi todos los Médicos de aquel tiempo, y que es verosimil aprendió de nuestro famoso Abad Juan Tritemio, hombre eminente en todo género de

le-

etras, y de quien Herman Boerhaave dice que fue admirable en la facultad Chymica: *Maximus Chymicus fuit*. Es cierto que fue Paracelso discípulo, por algun tiempo, del insigne Tritemio, y que el mismo Paracelso en varias partes de sus escritos hace un aprecio, y gloria singular de haber tenido tal Maestro: Con que habiendo sido Tritemio excelente en la Chymica (la qual ignoraban entonces enteramente todos los Profesores de Medicina) es de creer que Paracelso tomó de él algunos documentos de este arte para el uso médico. Tambien es cierto que supo Paracelso dos secretos, que entonces lo eran, y ya no lo son, conviene á saber, el uso del Mercurio, y el del Opio. El primero se dice que le fue comunicado por Jacobo Carpo, profesor Boloñés, que fue el primero que le puso en práctica para la curacion del mal venéreo, y parece que Paracelso, debaxo del nombre, y composicion de Tubit mineral, le aplicaba tambien á otras enfermedades crónicas. Así, al tiempo que los demás Médicos no hacian otra cosa que acabar quanto antes con los pobres galicados á purgas, y sangrias, Carpo, y Paracelso ganaban mucho crédito, y mucho mas oro con sus felices curas. Del primero especialmente se sabe que juntó un caudal inmenso; lo que no sucedió á Paracelso, porque era un gastador desbaratado. La virtud del Opio no era ignorada de los demás Médicos; pero no le usaban, ó le usaban con suma parsimonia, porque juzgándole frio en quarto grado, le tenían por peligrosísimo. Al contrario Paracelso, ó por mas resuelto, ó porque supiese prepararle mejor, ó porque comprehendiese mas justamente hasta dónde podia estender la dosis, le administraba con feliz suceso en los grandes pervigilios, y dolores muy agudos, en forma de píldoras, y debaxo del nombre de Láudano, voz bárbara, que él mismo inventó para ocultar el medicamento, y celebrarle al mismo tiempo, como quien quiere significar Medicina laudable: Con que logrando de su mano los enfermos, que se hallaban en este estrecho, el alivio que ningun otro Médico podia darles,

Tom. III. del Teatro.

C

mi-

miraban á Paracelso, como un hombre divino. Sobre este cimientto se erigió su arrogancia á atribuirse arcanos grandes que no poseía, y sobre el mismo se fundó el vulgo para creerle.

32 Este me parece el concepto justo que se debe hacer de Paracelso, igualmente distante de las dos ideas extremamente opuestas que se han formado muchos de este famoso Alemán; unos que le tienen por un ignorante atrevido; y otros, que le juzgan inteligencia superior á todo lo humano.

§. X.

33 **J**uan Bautista Helmoncio, natural de Bruselas, de familia ilustre, no se puede negar que fue un genio raro, y capacísimo. A pocos años de estudio hizo grandes progresos en las Ciencias naturales. Su violenta propension á la Medicina le hizo preferir esta profesion á todas las demás, aunque contra el gusto de sus tutores, y parientes que le desatinaban á empleo mas proporcionado á su nacimiento. A los diez y siete años de edad se halló consumado en la doctrina Hipocrática, y Galénica, que luego empezó á enseñar, y exercer. Pero como en el uso del arte observase frecuentemente no corresponder los sucesos á las máximas de sus Autores, y Maestros, disgustado de la doctrina Hipocrática, se aplicó á la Chymica, que ya entonces tenia algo de curso, y en que salió eminentísimo, como consta de la confesion de los inteligentes, y sobre todo de los grandes elogios que á cada paso le da el supremo Chymico de estos próximos tiempos Roberto Boyle, quien celebra sumamente todos sus escritos, exceptuando el *de Magnetica corporum curatione*. Hizo despues un viage á Alemania, donde encontrándose con un Paracelsista, á quien trató despacio, y vió hacer algunos bellos experimentos, se aficionó á la doctrina de Paracelso, y la estudió con grande aplicacion. Volvió á Flandes á exercer la Medicina segun el nuevo systema, donde vivió sumamente aplaudido. Moreri dice, que habiéndole sospechado de Magia por

sus admirables curaciones, fue delatado al Santo Tribunal de la Inquisicion, donde se justificó plenamente; mas por evitar que se le repitiese el mismo riesgo, se retiró á Holanda, donde acabó su vida.

34 He dicho todo lo que hallé bastantemente comprobado en alabanza de Helmoncio. No obstante lo qual, afirmo que este fue, como su antesignano Paracelso, un hombre jactancioso, que vanamente se quiso levantar sobre sí mismo, y persuadir al Mundo que sabía mucho mas de lo que sabía, fingiendo alcanzar admirables Secretos medicinales, de que jamás tuvo conocimiento. En sus obras se hallan estampadas sus baladronadas. Ya dice que sabe curar todas las fiebres con un solo diaphorético: ya que cura la fiebre hética en un mes, y todas las demás en quarenta y quatro horas: ya inculca á cada paso (lo que es mas, que todo) su decantado Alcaest, ó Disolvente universal que ha dado tanto que decir, y por cuyo medio se jacta de curar todas las enfermedades. Ya en fin con una, ú otra gota de la resolucion del leño Cedrino, hecha por medio de su Alcaest, promete depurar toda la masa sanguinaria, instaurar todo el jugo vital, rejuvenecer al hombre, y hacerle vivir casi eternamente. Pero

Quid dignum tanto feret hic promissor hiatu?

Ello dirá. Murió Helmoncio á los sesenta y siete años de edad, no de algun accidente repentino que no le diese lugar al uso de su remedio universal, sino de asma, enfermedad tan prolija, que daría treguas para traer el Alcaest del Japon, si estuviese en el Japon el Alcaest. Luego no tuvo tal remedio universal. Mas: el mismo Helmoncio refiere en sus obras, como á los sesenta y tres años padeció una peripneumonia, y dice los remedios de que usó, entre los quales no nombra el Alcaest, ni otro medicamento que no sea conocido. En otra parte confiesa que no pudo curar á su propia muger de no sé qué enfermedad, hasta que Butler le dió un poco de aceyte, en que habia infundido su famosa piedra, y con él sanó. En otra que no pudo curar á una hija suya de la lepra; pero em-

biándola á un Santuario de nuestra Señora , dentro de una hora fue milagrosamente curada.

35 Creamos , pues , que Helmoncio por su mayor ingenio , y conocimiento médico hizo algunas curaciones , imposibles á los Médicos vulgares ; mas no que tuviese los Secretos raros que jacta. Tomás Pope Blount (a) tratando de Helmoncio , trahe el testimonio del doctísimo Caramuél , que le conoció , y en que podemos hacer juicio nos da la verdadera idéa de este famoso Médico „ Helmoncio (*dice Caramuél*) „ á quien conocí , fue hombre piadoso , docto , y célebre , enemigo jurado de Aristóteles , y Galeno ; con cuya asistencia los enfermos no eran muy fatigados , por que al segundo , ó á lo sumo al tercer día , ó perdían la vida , ó recuperaban la salud. Era llamado principalmente para aquellos que estaban desauiciados por los demás Médicos , de los quales curó á muchos , con gran sentimiento , y vergüenza de los que los habian condenado por deplorados. Lo propio casi dice Nicolás Franchimont , citado por el mismo Pope Blount. Estas son sus palabras : „ Helmoncio tenia tan alta reputacion en Bruselas , que solo acudian á él , como á áncora sagrada , los que estaban desauiciados por todos los demás Médicos , no pocos de los quales libró de la muerte. “ De aqui podemos concluir , que Helmoncio fue hombre extraordinario en su facultad , y utilísimo á la República , pues era sin duda un gran fruto del arte salvar á muchos condenados á muerte , aunque á otros puestos en el mismo estrecho se les acortasen , por pocos días , los plazos de la vida.

§. XI.

36 Despues de Paracelso , y Helmoncio , me ocurre otro famoso Secretista moderno , muy parecido á aquellos dos , el Caballero Borri , cuyo nombre suena ya mucho en las Boticas , y es repetido en las recetas de los Médicos , á causa del vomitorio que inventó , y que

(a) *Censur. celebr. auctor. fol. 255.*

que con voz vulgarizada se llama , *los polvos de Borri*. Pero como , por lo comun , del Borri poco mas se sabe que el nombre , daré aqui alguna noticia de él , que creo no será ingrata á los curiosos , porque sin duda fue un hombre muy extraordinario en genio , acciones , y fortuna.

37 Joseph Francisco Borri , natural de Milán , pasó niño á estudiar á Roma , donde luego descubrió una prodigiosa vivacidad de espíritu , y una felicísima memoria. Hechos los primeros estudios se aplicó á la Chymica , y Medicina , adelantando mucho en una , y otra en breve tiempo. Los desórdenes de su juventud escandalizaron la Corte Romana : pero , ó ya de miedo de ser castigado , ó porque los ímpetus de su genio , recíprocando ácia opuestos extremos , le conducian á todo género de extravagancias , ó porque ya entonces empezaba á concebir los perniciosos designios , que despues salieron á luz , fingiéndose arrepentido de sus pasados excesos , hizo tránsito de un libertinage declarado á una profunda hypocresía. Acreditóse de devoto ; y quando le pareció que ya la opinion de su virtud estaba bien establecida , empezó á sembrar clandestinamente que tenia revelaciones , y apariciones angélicas. Viendo que quaxaba el embuste , le iba dirigiendo poco á poco ácia el blanco , que miraba su ambicion. Pero considerando que Roma no era teatro á propósito para lograr su proyecto , se retiró á Milán su Patria. Allí , prosiguiendo en la afectacion de santidad , reproduxo sus visiones ; introduxose á director de espíritus crédulos : juntó gran número de discípulos : hizose Caudillo de nueva secta , inspirándoles varios errores. Su intento era alistar tanta gente debaxo de sus vanderas , tanta bastase para apoderarse del Estado de Milán , poniéndola en armas , quando llegase la ocasion. Ligaba á sus alumnos con algunos votos muy oportunos para la consecucion del fin : de los quales uno era el del Secreto , porque no se descubriese la trama ; otro el de pobreza , por cuyo medio se hacia dueño de los caudales de todos. Los dogmas que derramaba , eran muy acomodados á la ruda

devocion de la plebe. No ignoraba este hombre astuto a gran disposicion que siempre hay en el vulgo, para admitir sin exámen quanto se le represente ser excelencia de Maria Señora nuestra: y así, tomando el rumbo por donde previa favorable el viento, enseñaba que la Sacratísima Virgen era verdadera Diosa: que á su humanidad se habia unido hypostáticamente el Espíritu Santo, como el Verbo Divino á la de Christo Señor nuestro; y que por obra milagrosa del mismo Espíritu Santo habia sido concebida en el vientre de Santa Ana, sin cooperacion alguna de San Joachín, de quien decia que era impotente.

38 Sin embargo de las precauciones tomadas, antes que el número de los Sectarios fuese bastante para obrar con fuerza abierta, se rezumó el mysterio, y llegó á noticia de los Inquisidores, los quales procedieron á prender algunos de aquella Congregacion; pero el Borri tuvo la dicha de hurtar el cuerpo, y salvarse en Strasburgo. De allí pasó á Amsterdám, donde exerció la Medicina con singular aplauso. Todos acudian á él precipitadamente, como á Médico universal de todos los males. Al mismo tiempo tuvo arte para persuadir á aquel gran Pueblo que era persona de alto caracter. Sustentaba un honrado equipage: hacíase tratar de Excelencia, y ya se hablaba de casamiento con mugeres de la primera calidad, quando descubriéndose la maraña, se vió precisado á huir de Amsterdám, y lo executó una noche, llevando la gran suma de dinero, y pedrería, que habia estafado, ó sacado en empréstito. Pasó á Hamburgo, donde se hallaba á sazón la Reyna Christina, debaxo de cuya proteccion se puso, y de cuyo favor abusó, empeñándola en algunos gastos, por la esperanza que la dio de hallar la Piedra Filosofal: lo que no tuvo algun efecto. De allí se encaminó á Copenhaguen, donde inspiró la misma esperanza á Federico Tercero, Rey de Dinamarca, y ganó el afecto de este Príncipe, hasta el grado de hacerse odioso por su valimiento á los Grandes del Reyno; no obstante que los grandes gastos que le movió á hacer en solicitud de la soñada Piedra Fi-

losfal, no tuvieron mejor suceso que los hechos en Hamburgo por la Reyna Christina. Muerto Federico, considerandose poco seguro en Dinamarca, y viendo pocas apariencias de adelantar mucho su fortuna en alguna de las Cortes de la Christiandad, resolvió ir á Constantino-
pla. Con este ánimo habia llegado ya á las Fronteras de Hungría á la sazón, y en la propia coyuntura en que acababa de descubrirse la conjuracion de los Condes Nadasti, Serin, Frangipani. La desdicha del Borri quiso que se hallasen en él algunas señas de cómplice en aquella conspiracion, aunque verdaderamente no lo era; con que fue preso, y dada noticia á Viena. Puntualmente estaba el Nuncio Pontificio en conversacion con el Emperador Leopoldo, quando le dieron á este el aviso de la prision de Joseph Francisco Borri, cuyo nombre, ignorado del Emperador, no bien oyó el Nuncio, quando dixo á su Magestad Imperial, que aquel era un hombre condenado en Roma por Heresiarca, que así el preso tocaba al Papa, y le pidió en nombre de su Santidad.

39 En efecto era así, que luego que el Borri huyó de Milán, se hizo su proceso en Roma; y declarado Herege contunáz, su efigie, y escritos fueron quemados en el campo de Flora por mano del Verdugo. Sobre cuyo asunto se cuenta un chiste sazonado de este raro Duende. Y es, que dandole despues noticia de como habian quemado en Roma su estatua, preguntó en qué dia, y ajustada la cuenta de que aquel mismo dia habia transitado por una montaña nevada, respondió que, bien lejos de sentir aquel fuego, jamás en su vida habia padecido igual frio. Es verdad que el mismo chiste refieren otros de Henrico Estéfano, y otros de Marco Antonio de Dominis.

40 Hallóse que el Borri no habia metido la mano en la conjuracion de Hungría, y así sin dificultad se le hizo entregar el Emperador al Nuncio, aunque debaxo de la palabra dada de parte de su Santidad, que no se le aplicaria suplicio capital. Fue, pues, conducido á Roma el

Borri, y allí, despues de la abjuracion solemne de sus errores, condenado á prision perpetua en las cárceles de la Inquisicion, donde estuvo hasta que un accidente raro le hizo salir, y mejorar de prision. Cayó enfermo el Duque de Etré, Embaxador de Francia en la Corte Romana, y la enfermedad se fue agravando de modo, que todos los Médicos le abandonaron por deplorado. Como siempre subsistia la fama de que el Borri era hombre de especialísima comprehension en la Medicina, ocurrió al Cardenal de Etré, hermano del enfermo, apelar á aquel hombre de la sentencia de los Médicos, y suplicar al Papa le permitiese salir para ver al Duque. Logró el Cardenal en la benignidad del Pontífice su demanda, y el Duque en la asistencia del Borri la desesperada mejoría. Esta curacion hizo gran ruido en Roma, porque todos daban al Duque por muerto; y así se dixo por gracejo, que un Heresiarca habia hecho en Roma el milagro de resucitar un difunto. Agradecido el Prócer Francés á tan señalado beneficio, consiguió del Pontífice que su restaurador fuese transferido al Castillo de Sant Angel, donde se le dió habitacion espaciosa, y cómoda, y en ella tenia libros, y laboratorio, para estudiar, y trabajar en operaciones Chymicas. Dicen unos que despues gozó siempre de la libertad de salir de la prision dos veces cada semana, y que la Reyna Christina le embiaba á buscar á veces en su carroza, como tambien de ser visitado de quantos querian verle: otros, que nadie podia hablarle sin obtener para ello Cédula del Cardenal Cibo: otros en fin, que gozó aquellos privilegios mientras vivió la Reyna Christina, y se le quitaron, ó cercenaron muertá esta Princesa. En fin murió el año de 1695, á los 79 de edad.

41 De la relacion que acabamos de hacer de la vida, y sucesos del Borri, consta, que este fue un espíritu sutil, inquieto, ambicioso, osado, astuto. En quanto á su habilidad médica hago juicio de que era bastantementé particular, no solo por las curas singulares que hizo; pero aun mas por los créditos que tuvo en Roma. Es cierto que

que los Romanos consideraban al Borri como un hombre capaz de hacer lo que otro ningun Médico hacía; y aun que no pocas veces la estimacion popular es mas hija del engaño, que del mérito, debemos exceptuar el caso presente; pues no es posible que en un Pueblo tan advertido como el de Roma triunfase tanto tiempo la impostura, mayormente quando la estimacion de este hombre no solo reynaba en la plebe, mas tambien en la gente de mejor estofa, y de alguna doctrina. Tambien es cierto que curó algunos enfermos, á quienes dexaron los demás Médicos por incurables. El suceso del Duque de Etré fue notorio en toda Europa. Mr. Monconis en la segunda parte de sus Viages cuenta, como curó el Borri perfectamente el cáncer, engendrado en un ojo, desesperado ya por los demás Médicos; esto supo Monconis del mismo enfermo, que era un Pintor llamado Othon; y á dos personas fidedignas, que conocieron al Borri en Roma, oí referir otros casos semejantes.

42 Mas por lo que mira á Secretos Medicinales de alguna monta, no se infiere de lo dicho, ni es verisimil que el Borri los poseyese: pues atendiendo al miserable estado en que se halló desde que le prendieron, todos aquellos que pudiesen contribuir á aliviarse algo en las prisiones, lograrían facilmente la comunicación de ellos, y por aqui se habrian hecho ya públicos. He dicho Secretos de alguna monta, por no negarle que supiese mejorar con alguna operacion Chymica de su invencion uno, ú otro medicamento. En esta clase ponemos los polvos que tienen su nombre, los quales no son otra cosa, que cristal de Tártaro antimoniado. Puede decirse, que es un buen medicamento, porque se cree que en su manipulacion se despoja el Antimonio de la actividad deleteria, ó venenosa que tiene, y por este medio se constituye en el grado de un vomitorio inocente; mas que al fin no hace otra cosa que mover el vómito, como otros muchos que hay en las Boticas. Y esto es todo lo que la Facultad Médica heredó del famoso Borri.

43 Ni era menester poseer arcanos particulares para hacer curaciones á que no alcanzasen los demás Médicos. Asi como en otras Facultades, estudiando por los mismos libros, y debaxo de los mismos Maestros, salen unos profesores buenos, otros medianos, otros minimos, y tal qual genio raro excede á todos, como el Sol á las Estrellas; lo propio debe suceder en la Medicina. Unos mismos preceptos, unos mismos experimentos, rectamente combinados, y manejados por un entendimiento juicioso, sutil, comprehensivo, producen grandes aciertos; y siniestramente entendidos, y aplicados por una capacidad corta, inducen á insignes errores. Con unos mismos instrumentos un artífice executa maravillas; y otros, mamarrachos. El pincel de Apeles era como el de los demás Pintores, y el cincel de Fidias como el de los demás Estatuarios.

44 Es, pues, error pensar que los Médicos que logran algunos particulares aciertos, tienen algunos particulares específicos. Con los remedios que están patentes á todos en los libros, se pueden hacer milagros, como haya un talento grande para la eleccion de ellos, y para atinar el *quándo*, y el *cómo*. Este es el arcano máximo, ú don especial de Dios, que vale mas que todos los arcanos.

45 Es verdad que este error del vulgo nace de los mismos Médicos, porque algunos para hacerse mas respetables, y aun mas caros, fingen tener particulares remedios, y recetan mysteriosamente *recipe nuestra agua, nuestros polvos, nuestras píldoras, &c.* dirigiendo la receta á determinado Boticario, á quien se ha comunicado el mysterio. Comunmente estas recetas nada tienen de particular, sino alguna diferente combinacion arbitraria de los mismos simples, ó compuestos de que usan los demás Médicos, ó la adición de otra alguna cosilla comun, (que á este, ó al otro Médico se le antoja hacer por su capricho) á una composicion ordinaria. Donde se puede incidir en dos inconvenientes: El primero que la composicion con esa novedad no sea tan util, ó sea positivamente nociva, pues mas facil es que se engañe un Médi-

co particular, que fue Autor de esa invencion, que el que yerren todos los demás que aprueban las composiciones comunes. El segundo, que puede el Boticario, si no tiene conciencia, vender el remedio en mucho mas de lo que vale, diciendo que entran en él drogas muy costosas, aunque conste de los simples mas viles. Yo por mí declaro, que no quiero Médicos preciados de Secretistas, ni tomaré jamás remedio que no esté expresado con su nombre propio en la receta.

SYMPATIA, Y ANTIPATIA.

DISCURSO TERCERO.

§. I.

1 **L**OS Filósofos antiguos, y los modernos se distinguen lo que los genios tímidos, y los temerarios. Aquellos nada emprendieron: estos se arrojaron demasiado. Aquellos, metidos siempre debaxo del techo de razones comunes, ni un paso dieron ácia el exámen de las cosas sensibles: estos, con nimia arrogancia presumieron averiguar todos sus mysterios á la naturaleza. Aquellos no se movieron: estos se precipitaron.

2 No comprehendo ahora debaxo del nombre de Filósofos antiguos los que precedieron á Platón, y Aristóteles: los quales acaso delinquieron en lo mismo que los modernos. Pytágoras quiso reducirlo todo á la proporcion de sus números; como si el Autor de la Naturaleza estuviese precisado á seguir en sus producciones las propor-